

ros colegios; el del Cairo era tan vasto que en un motin sirvió de fortaleza al ejército de los rebeldes; en la España musulmana todas las ciudades tenían su colegio. Los hijos del desierto levantaron los primeros observatorios astronómicos; el de Bagdad estaba en el palacio mismo del califa. Desde el siglo XI, el califa Al-Mamun hizo medir un grado de meridiano para calcular el volumen de la tierra (1). Las academias deben su origen al amor de los Arabes á la ciencia (2). Conocida es la riqueza de sus bibliotecas; en la España sola había setenta. El califa Alha-Ken confió la dirección de la de Córdoba á su propio hermano, como el primer puesto del Imperio; sólo el catálogo de esta biblioteca, verdaderamente real, formaba cuarenta y cuatro volúmenes de cincuenta hojas cada uno. Cuatro siglos más tarde, Carlos el Sabio reunió con mucho trabajo una colección de 900 volúmenes (3).

Los Arabes no se distinguían menos por la dulzura de sus costumbres que por su cultura intelectual. La delicadeza de las relaciones sociales había nacido entre ellos de la extrema circunspección impuesta á los dos sexos, y se debe añadir, al menos respecto de la España, del cultivado espíritu de las mujeres. En todas las relaciones de familia y de sociedad, los Arabes mostraban excesiva severidad: «Estas gentes, decían de los Españoles, se hallan llenas de bravura, pero viven como bestias salvajes; entran los unos en casa de los otros sin pedir permiso; no lavan ni sus cuerpos ni aún sus vestidos, de los cuales no se despojan sino cuando se les caen á pedazos» (4). Reinaba entre los guerreros árabes el espíritu caballeresco hasta el punto de que se ha creído encontrar en ellos el origen de la caballería feudal (5). En España un pa-

(1) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, t. II, página 163, 136.

(2) Un filósofo fundó á fines del siglo IV de la Hegira una de las primeras academias de la Edad Media. El islamismo estaba en decadencia. El filósofo árabe decía que era necesario fortalecerle por medio de la filosofía; creía que el islamismo no alcanzaría su perfección sino por la unión de la filosofía griega y de la teología (RITTER, *Geografía*, t. X, p. 178).

(3) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, p. 165.

(4) IBID., *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, p. 191.

(5) FAURIEL (*Historia de la poesía provenzal*, t. III, c. 41) dice que no cabe duda de que la caballería religiosa de los Arabes ha producido la idea y el mo-

dre mató á su hijo al verle retroceder delante del enemigo, aunque éste era superior. Todo árabe que huía cuando el enemigo no era al menos doble en número, era señalado con la nota de infamia. Sin embargo, no era el valor la única ni la principal virtud de un caballero árabe: exigíanse de él, ante todo, cualidades del corazón y del espíritu, la bondad, la poesía, la elocuencia (1).

Tales eran los conquistadores árabes. ¿Merecen que se los compare á esas hordas salvajes salidas de las estepas del Asia, que no dejan otra huella de sus pasos que pirámides de cabezas cortadas? Los escritores cristianos colocan á los Bárbaros del Norte infinitamente por cima de los Arabes. Verdad es que la civilización árabe ha sido efímera; no quedan de ella más que ruinas, mientras que la civilización germánica se halla llena de vida. ¿A qué se debe este diverso destino? Acusamos á los Arabes de una barbarie que es la de sus vencedores. ¿Qué hubiera sido de la Europa cristiana si en el siglo IX hubiera sucumbido en la invasión de los Eslavos y de los Húngaros? En España, los Arabes fueron desposeídos por una raza africana; en Asia, vencidos por una raza oriental, se retiraron á sus desiertos, dejando á un pueblo tártaro la herencia de Bagdad. Carecían de esa fuerza de asimilación que hace duraderas las conquistas y progresivas las civilizaciones. Los Germanos recibieron su cultura de los vencidos; se unieron con ellos, y de esta fusión nació una civilización superior á la de la antigüedad. Los Arabes comunicaron su civilización á los vencidos, pero sin mezclarse con ellos; permanecieron estacionarios y cedieron á la primera tempestad que arrojó sobre ellos las poblaciones nómadas de la alta Asia. Los hijos del desierto brillan como un meteoro en la noche de la Edad Media y desaparecen de la misma manera.

dolo de la de los cristianos. Admite la misma influencia para ese otro elemento de la caballería que concierne al amor y lo que se llaman ideas caballerescas.

(1) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, p. 193.

N.º 2.—*Derecho de guerra.*

La conquista de los Árabes no ha sido inspirada por la ambición como las guerras de los Griegos y de los Romanos; no es una inmigración de pueblos como la invasión de los Bárbaros del Norte; es una propaganda armada. Pero las pasiones religiosas no conocen la humanidad; la terrible ley del exterminio, promulgada por Moisés contra los habitantes de la Palestina, ha sido siempre la ley de los que creen combatir por orden de Dios, por la causa de Dios. Mahoma también declaró guerra á muerte, pero solamente á los idólatras: «Matadlos donde quiera que los encontréis..... La tentación á la idolatría es peor que la carnicería de la guerra.» No se les concede tregua alguna, no puede aceptarse ningún tributo suyo (1).

No se observó esta ley de sangre sino en los primeros tiempos del islamismo, cuando tenía lugar la lucha á muerte entre la idolatría y la nueva religión; desde que los Árabes se convirtieron en conquistadores se dulcificó su derecho de guerra. Daban á sus enemigos la elección entre estas tres condiciones: si abrazaban el mahometismo, entraban en la sociedad musulmana y gozaban de todos los privilegios de los creyentes; si rehusaban convertirse, tenían que someterse al tributo, y entonces conservaban su religión; si querían intentar la suerte de las batallas, las mujeres y los niños quedaban cautivos, y los hombres cogidos con las armas en la mano podían ser castigados con la muerte (2). La dura ley de la esclavitud se aplicaba al vencido en las naciones más civilizadas de la antigüedad; los cristianos la practicaban aún cuando Mahoma predicó su religión. Pero ningún pueblo tuvo una ley tan humana para la mujer cautiva como la del profeta árabe. Mahoma, dice su biógrafo (3), acertó á pasar en ocasión en que varios niños eran separados de sus madres; oyó los gritos lastimeros de las mujeres y los lloros de los pobres pequeñuelos, y cuando supo su cau-

(1) *Coran*, II, 187, 189, 190; IX, 5.—RELAND, *Dissert.*, t. III, p. 14.(2) SOLVET, *Derecho mahometano sobre la guerra con los infieles*, traducido del árabe (1829), p. 14 y sig., 19.(3) GAGNIER, *Vida de Mahoma*, t. II, p. 208.

sa, dijo: «No vendais los niños sino juntamente con sus madres.»

Los adversarios mismos del islamismo convienen en que el derecho de guerra de Mahoma es conforme á la justicia y á la humanidad (1). Tenemos las instrucciones dadas por el primer califa á sus lugartenientes en todo el fervor del fanatismo religioso; compáreselas con el derecho de guerra de los Germanos, cuya invasión se dice que era pacífica en comparación de las conquistas de los Árabes: «Combatid valientemente y con lealtad; no useis de perfidia para con vuestros enemigos; no mutileis á los vencidos; no mateis ni á los ancianos, ni á los niños, ni á las mujeres; no destruyais las palmeras, no queméis las mieses, no corteis los árboles frutales, no mateis más ganado que el necesario para vuestro alimento» (2). Ciertamente estas instrucciones no serían observadas siempre: el carácter salvaje del árabe del desierto, unido á las malas pasiones del creyente, produjo una mezcla singular de heroísmo y de crueldad. Khâlid, la *espada de Dios*, era el tipo de estos héroes; más de una vez se bañó en la sangre de los prisioneros de guerra (3). Pero los primeros califas reprimieron este ardor sanguinario. Después de la toma de Alejandría, Amru, el vencedor del Egipto, escribió á Omar estas siniestras palabras: «La ciudad, sometida por la fuerza de las armas, no ha obtenido ni tratado ni capitulación; los musulmanes se hallan impacientes por gozar de los frutos de su victoria.» El Califa no dió oídos á esta proposición amenazadora que se dirigía á arruinar la ciudad más comercial del mundo; aseguró la vida, la libertad y la propiedad á los habitantes. Algunos pueblos habían abrazado el partido de los Griegos; Omar prohibió que se tratara á los vencidos como cautivos, y les dió los mismos derechos que á todos los Coptos (4).

(1) DE SACY, en el *Diario de los sabios*, 1826, p. 547.(2) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. III, p. 343.—Compárese con SOLVET, *Derecho mahometano sobre la guerra con los infieles*, p. 16. «Conviene á los musulmanes no hacer traición á la fe jurada, no emplear el fraude, no mutilar á los prisioneros, no matar ni á la mujer, ni al viejo decrepito, ni al niño, ni al ciego, ni al cojo...»(3) En una batalla contra los Persas, Khâlid hizo el voto de que, si Dios le concedía la victoria, no perdonaría á enemigo alguno, y que degollaría infieles hasta que el río se enrojeciese con su sangre. Cumplió con este voto salvaje (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 33).(4) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 115.

En Oriente, el espíritu generoso de la raza árabe se vió ahogado por su mezcla con los pueblos asiáticos, que en todo tiempo han usado de un derecho de guerra cruel. Los Griegos mismos no se habían humanizado en proporción de su cultura intelectual; en su decadencia no les quedaba más que la barbárie. Su contacto fué funesto á los Árabes. El emperador Teófilo tomó la ciudad de Sozopetra; el Califa, que había nacido allí, solicitó perdón para los habitantes. A este ruego respondió el príncipe griego arrasando la ciudad y mutilando ó señalando de una manera ignominiosa á los sirios cautivos. El Califa usó de terribles represalias; se apoderó de la ciudad de Anconium, patria de Teófilo; 30.000 prisioneros fueron tratados como viles criminales (1).

Sin embargo, el carácter nacional se manifestaba siempre en algunos hombres escogidos. Mahmud, el conquistador de la India, llevó á cabo actos de justicia y de generosidad que harían honor á un guerrero cristiano. Un día que daba audiencia, un indio acusó á un guerrero turco que lo había echado fuera de su casa y de su lecho: «Suspende tus gritos, le dijo el Sultán, y avísame cuando el culpable vuelva á tu casa; iré yo mismo á juzgarle y castigarle.» Mahmud siguió á su guía, colocó sus guardias alrededor de la casa, y haciendo apagar las luces, pronunció la sentencia de muerte de aquel á quien acababa de sorprender en el crimen de robo y de adulterio. Después de la ejecución de la sentencia se volvieron á encender las luces. El Sultán se puso de rodillas, y cuando hubo acabado su oración, tomó alimentos groseros con la voracidad del hambre. Como el indio se manifestase asombrado Mahmud dijo: «Yo temía que solamente mis hijos se atreviesen á cometer semejante atentado, y apagué las luces, á fin de que mi justicia fuera inflexible. Cuando descubrí al culpable, dí gracias al cielo con mis oraciones; y ha sido tal mi inquietud desde que he recibido tu queja, que he pasado tres días sin tomar alimento» (1).

Mahmud hacía la guerra á los Buidas, soberanos de la Persia occidental. El jefe de la dinastía era menor; la sultana madre es-

1) GIBBON, *Historia de la decadencia del Imperio*, c. 52.

(2) D'HERBELOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra Mahmud.

cribió á Mahmud: «Mientras mi esposo ha vivido, he temido á tu ambición: era un guerrero digno de tu valor. No existe ya. Su cetro ha pasado á una mujer y á un niño: tú no atacarás á la infancia y á la debilidad. Tu conquista nada tendría de gloriosa, y ¡cuán vergonzosa no sería tu derrota! Porque, en fin, el Todopoderoso dispone de la victoria.» Esta carta desarmó al conquistador (1).

En España sobre todo es donde la raza árabe desplegó los instintos generosos de que la dotó la naturaleza. Los Bárbaros del Norte, los Árabes y los cristianos se encontraron en el suelo de la Península; entre estos conquistadores los hijos del desierto son los que brillan por su humanidad (2). Un historiador francés dice que la conquista de los pueblos del Mediodía, bien diferente de la de los pueblos del Norte, se hizo sin asolación, sin efusión de sangre, como una simple toma de posesión. Se lee en los reglamentos militares de un príncipe árabe: «Se prohíbe á las gentes de guerra matar á las mujeres, á los niños, á los ancianos, á los enfermos y á los religiosos, á menos que estén armados ó ayuden al enemigo» (3). Las crónicas cuentan rasgos de generosidad que no se encuentran de ordinario más que en las novelas. En 1139, el *walí* de Córdoba, queriendo obligar á Alfonso VII á levantar el sitio del fuerte de Oreja, llegó á marchas forzadas hasta las puertas de Toledo, en donde la reina Berenguela se hallaba encerrada sin medios de resistencia. La altiva española envió un heraldo al general moro para hacerle presente que si había venido á combatir á los cristianos, debía buscarlos bajo los muros de Oreja, donde su esposo le esperaba; que hacer la guerra á una mujer no era digno de un caballero. El almoravide reconoció su error y pidió el favor de saludar á la Reina antes de su partida. Berenguela se asomó á las murallas rodeada de su corte; los caballeros árabes desfilaron delante de ella como en un torneo. Durante este tiempo, Alfonso hizo capitular al fuerte de Oreja (4).

(1) GIBBON, *Historia de la decadencia del Imperio*, c. 57.

(2) GIBBON, c. 51.—VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, página 32.

(3) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, p. 215.

(4) IBID., *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, p. 195, según FERREAS.

La comparacion de los Arabes con los conquistadores del siglo xv no hace honor á los cristianos. La Europa se hallaba al principio de una nueva era, era de civilizacion y de humanidad; sin embargo, los vencedores de los Moros se condujeron, no como Bárbaros, sino como salvajes. Aun hoy se censura á los Arabes por haber destruido la biblioteca de Alejandría, lo cual se presta á grandes frases sobre la ignorancia y el fanatismo musulmanes; no falta más que una cosa á estas invectivas y es la verdad; el hecho imputado á Omar es falso (1). Hé aquí, por el contrario, hechos auténticos. Despues de la toma de Granada (1492) se recogieron en todos los rincones de España los libros árabes para hacer con ellos un magnífico auto de fe; ¡en un solo dia devoraron las llamas un millon y cinco mil volúmenes! Bastaba que un libro contuviese letras árabes para que fuese condenado al fuego (2). Sabido es cuál fué la suerte de los desgraciados vencidos; con desprecio de los tratados más solemnes, los vencedores los exterminaron ó los expulsaron del suelo de España, y el destierro fué para la mayor parte una sentencia de muerte.

N.º 3. — *Condicion de los vencidos.*

La conquista árabe fué más humana para los vencidos que las invasiones germánicas. Sin embargo, la dureza de los Bárbaros del Norte fué, en definitiva, más benéfica que la dulzura de los hombres del Mediodía. Los Germanos despojaron á los Romanos, unas veces sistemáticamente, otras segun los caprichos de la violencia; surgió de la conquista una aristocracia altanera, desaparecieron los hombres libres; en el siglo x casi toda la poblacion era sierva. Los Arabes dejaron la libertad y la posesion del suelo á los vencidos; aquellos misioneros, armados de una fe nueva, respetaron hasta las religiones rivales; pero pasan algunos siglos. En el mundo germánico los vencedores y los vencidos se han fundido en una sola raza, la servidumbre ha desaparecido, la

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 116, nota.

(2) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes de España*, t. II, p. 166.

unidad y la igualdad son los principios del orden social. En el mundo musulman las razas coexisten todavía separadas como en el primer dia de la conquista: la desigualdad es radical, la fusion imposible; no hay unidad, ni por consiguiente fuerza; no hay porvenir. ¿De dónde procede que la barbárie ha sido más saludable que la humanidad? Consiste en que los pueblos del Norte se fijaron sobre el suelo en términos que la distincion de las propiedades llegó á ser el principio de la distincion de las personas; la adscripcion al suelo fué un vínculo entre los conquistadores y los pueblos conquistados; los vencedores aceptaron la religion de los vencidos, la comunidad de creencias acabó por producir la fusion, á pesar de las diferencias de origen y de las desigualdades sociales. Los Arabes, léjos de fijarse sobre el suelo, no hicieron más que sentar en él su campamento, como una tienda en el desierto; separados de los vencidos por la religion, no habia union posible con ellos.

Los descendientes de las razas vencidas se llaman aún hoy, en los Estados del islamismo, *los hombres del rebaño* (*rayet*). Sin embargo, no son los esclavos, sino los súbditos, los clientes (*dimmy*) del vencedor; conservan sus leyes y aún sus magistrados nacionales (1), así como la posesion del suelo. Los pueblos germanos se repartieron una porcion más ó ménos grande del territorio conquistado. Entre los Arabes esta apropiacion individual fué una rara excepcion; no tenía lugar sino cuando la poblacion enemiga era exterminada, expulsada ó reducida á la esclavitud. Los vencidos continuaron poseyendo el suelo como tributarios. Su posesion era más bien un goce que un derecho de propiedad, goce hereditario, pero que jamas puede llegar á ser propiedad exclusiva, individual. La propiedad es de Dios. En cuanto á los conquistadores no sacan otro fruto de la conquista que el tributo. Los tributos forman el capital comun de la sociedad musulmana. Se re-

(1) En España los vencidos continuaron rigiéndose segun sus leyes civiles y penales, bajo condes cristianos; el Gobierno árabe se reservó solamente el derecho de revisar y confirmar las sentencias cuando pronunciaban la pena de muerte. Antes de dejar ejecutar un cristiano, el alcaide del lugar debia asegurarse de que el delito por el cual era condenado merecia la pena capital. Esta intervencion misma, ¿no era una señal de humanidad? (FAUBIEL, *Historia de la Galla meridional*, t. III, p. 52, 53).